

La traducción de términos botánicos en el Renacimiento: referencias al tratado de Dioscórides en una edición castellana de *I Secreti* de Alessio Piemontese¹

The translation of botanical terms during the Renaissance: references to the work of Dioscorides in a Spanish edition of I Secreti by Alessio Piemontese

Pablo García-Valdés*

RESUMEN: La vernacularización de la ciencia durante el Renacimiento no solo ha tenido implicaciones sociales, sino también lingüísticas. Uno de los fenómenos editoriales que han caracterizado la historia de la medicina de este periodo es la publicación de los libros de secretos. Se trata de tratados que abordaban cuestiones sanitarias dirigidas a un público no universitario que buscaba ampliar su formación y escritas en las lenguas vernáculas. El objetivo de este trabajo es la realización de un estudio preliminar de una estrategia para la traducción de términos botánicos y analizar cómo los herbarios, especialmente el de Dioscórides, resultaron esenciales para la traducción castellana de un texto italiano de mediados del siglo XVI.

PALABRAS CLAVE: Alessio Piemontese, Dioscórides, historia del lenguaje médico, historia de la traducción médica, libros de secretos.

ABSTRACT: *The popularisation of science during the Renaissance had not only social effects but also linguistic ones. One of the publishing phenomena characterising the history of medicine during this period was the publication of books of secrets. These treatises, written in vernacular languages, addressed health issues for a non-academic audience seeking to expand their knowledge. The aim of this study was primarily to analyse a strategy for the translation of botanical terms and demonstrate the importance of herbaria, especially that of Dioscorides, for the Spanish translation of an Italian text in the mid-sixteenth century.*

KEYWORDS: *Alessio Piemontese, books of secrets, Dioscorides, history of medical language, history of medical translation*

Panacea@ 2024; XXV (60): 21-29

Recibido: 20.VII.2024. Aceptado: 12.XI.2024.

1. Factores sociales de la vernacularización de la medicina

Entre el ocaso del periodo medieval y el Renacimiento se produce un conjunto de acontecimientos que están estrechamente relacionados con la vernacularización de la ciencia. El desarrollo social, cultural, económico y político de las ciudades durante este periodo estuvo ligado al fomento de una nueva clase social: la burguesía. Las urbes se convirtieron en espacios que atraían a la población por su prosperidad, por lo que la sociedad medieval fue urbanizándose paulatinamente. Este desarrollo implicó una serie de necesidades, especialmente en el ámbito educativo, pues se precisaba de personal cada vez más instruido en los oficios. Se produjo, pues, un desplazamiento de los centros de conocimiento que, hasta el momento, dependían de las órdenes religiosas. Con el nuevo panorama social, la cultura y la formación dejaron de depender de estos centros para pasar a las universidades, donde se ofrecía una formación especializada en diferentes ámbitos, como el derecho, las enseñanzas técnicas o la medicina. En el ámbito sanitario, uno de los primeros centros formativos de los que se tiene constancia es la Scuola Medica de Salerno. En esa ciudad confluyeron la tradición latina con la árabe y la bizantina. Asimismo, data de este periodo un gran número de traducciones de obras de carácter médico traducidas por Constantino y que contribuyeron al denominado «Renacimiento de la medicina».

Los profesionales de la medicina formados en este tipo de centros contaron con el beneplácito de las autoridades. Prueba de ello fue el decreto de Federico II que dictaba la posesión de una habilitación formal para el ejercicio de la medicina. Con ello se pretendía garantizar la eficiencia de estos profesionales y evitar el intrusismo de otros agentes que ejercían la práctica médica, como los barberos, los cirujanos o los boticarios, quienes carecían de una formación especializada. No obstante, los médicos que se habían formado en estas instituciones no llegaban

* Universidad de Oviedo (España). Dirección para correspondencia: garciavpablo@uniovi.es.

a todos los estratos de la sociedad, pues el número de egresados era insuficiente y gran parte de la población no podía permitirse los honorarios de sus servicios. Por este motivo, las academias crearon tratados en lenguas vernáculas que contribuyeron a formar a quienes se dedicaban a la práctica sanitaria sin disponer de titulación, como cirujanos, algebristas, comadres o boticarios (Crossgrove, 2000). A estos colectivos cabe incorporar quienes prestaban asistencia sanitaria de forma altruista en centros monásticos. En estos espacios no solo se realizaron labores de custodia, copia y lectura de los textos médicos, por lo que no resultaba casual que monjes o monjas conocieran y aplicaran los conocimientos que contenían estos libros. Asimismo, la atención a los desfavorecidos y a los enfermos era una máxima de la caridad cristiana, por lo que monasterios y conventos se convirtieron en centros en los que se ofrecía asistencia sanitaria a peregrinos y a personas sin recursos económicos. Esta atención recaía tanto en los religiosos como en los laicos, especialmente en las mujeres, que colaboraron activamente en dicha labor. No obstante, hay dos factores que han influido en su posterior desarrollo: por un lado, la asistencia médica que se ofrecía en estos centros se fue profesionalizando paulatinamente y, por otro lado, las autoridades eclesiásticas empezaron a recelar de esta actividad cuando observaron que había pasado de ser una práctica caritativa a convertirse en una verdadera labor lucrativa (Gutiérrez Rodilla, 2015). El rentable negocio de la asistencia sanitaria provocó el recelo de las autoridades religiosas, por lo que comenzaron a publicarse decretos desde la curia que prohibían el ejercicio de la medicina al personal religioso. Las mujeres, en cambio, siguieron ocupándose de dicha asistencia en el seno del hogar², ofreciendo cuidados y curas a los miembros de su familia.

A partir del siglo XIII encontramos ciertas novedades que han afectado a la forma de producción de los libros, la forma de lectura y el público al que estaban destinados. De entre ellas, destaca el uso de las lenguas vernáculas en los textos escritos para facilitar la transmisión de los contenidos a un público más amplio. Se asiste, pues, a lo que se ha denominado una vernacularización del saber. La cultura y los libros habían permanecido custodiados en los centros monásticos, donde imperaba el latín, que era la lengua de los oficios religiosos. La demanda de las nuevas élites burguesas por aumentar la tasa de alfabetización chocó con la barrera lingüística de desconocer el latín, lengua que ya se había distanciado tan considerablemente de los romances hablados en las urbes. Se produce, por lo tanto, una progresiva cohabitación del latín con las lenguas vernáculas en la difusión de los saberes, entre los que se incluía la medicina³. La lengua de las enseñanzas universitarias y de los manuales que derivaron de la actividad académica continuó siendo el latín, pero estos se destinaban a un público instruido muy reducido. Sin embargo, esta lengua comenzó a cohabitar con las vernáculas debido a una emergente industria editorial que buscaba ampliarse.

Como se ha apuntado, la renovación de la industria editorial ha tenido múltiples factores. Junto al lingüístico, entre finales del siglo XIII y principios del XIV se asiste a una novedosa

tipología de los libros: estos pasaron a tener un formato de dimensiones más reducidas; la sustitución del pergamino por el papel contribuyó al abaratamiento de los costes de producción; se simplifica la grafía, optando por una tipografía que resultara más sencilla para la lectura, etc. Todos estos factores provocaron que los libros resultasen más asequibles y que más grupos sociales pudieran acceder a ellos, especialmente en un momento en el que la tasa de alfabetización de las urbes aumentó sensiblemente. Para estas élites, poseer una nutrida biblioteca pasó a suponer un signo de prestigio social⁴, por lo que empezaron a llenar sus salas con libros de todo tipo y temática. La documentación relativa a los inventarios testamentarios que nos ha llegado da buena cuenta de estos intereses culturales, que se centraron en diversos ámbitos, también en el medicinal.

Como se ha apuntado, durante la parte final de la Edad Media se vislumbra un fecundo mercado editorial en el que los textos de carácter médico tuvieron una presencia significativa. No solo las élites burguesas o nobiliarias ansiaron hacerse con algún ejemplar, sino que los textos publicados en las lenguas vernáculas tuvieron, asimismo, un público particular al que también estaban destinados. Nos referimos a barberos, cirujanos o boticarios, entre otros, que las academias o los académicos egresados, con la lectura y consulta de las obras que confeccionaban, buscaban formar a este personal que practicaba la medicina y que, lejos de competir con los médicos titulados, complementaban su labor en aquellos territorios o estratos sociales que, como se ha apuntado, no tenían acceso a la medicina oficial. Los autores de estas obras, denominadas *libros de secretos*⁵, no estuvieron exentos de polémica dentro del gremio, pues cierto sector denostó estas obras por estar compuestas en lenguas romances y no en latín. Por este motivo, en los proemios es frecuente que los autores intenten justificar dicha elección arguyendo su labor divulgativa y, en ocasiones, aludiendo a que harían una próxima edición u obra en latín. Se trataba, en esencia, de colecciones de recetas de toda índole basadas en aguas, bálsamos, aceites, unguentos relacionados con la salud y la cosmética, pero también con la elaboración de perfumes, tintes, confituras o de elaboraciones alquímicas con los metales. Italia se convirtió a mediados del siglo XVI en el centro irradiador de la producción editorial de este género. Una de las primeras y más prolíficas obras fue *De' secreti del reverendissimo donno Alessio Piemontese* (1555), confeccionada por el polígrafo veneciano Girolamo Ruscelli⁶. A los autores de estas obras se los denominó *investigadores de los tesoros de la naturaleza*, pues trataron de extraer las propiedades que se escondían en las sustancias naturales. Realizaron una encomiable tarea de recopilación de saberes y tratamientos de estas sustancias, que se aplicaron para la elaboración de remedios medicinales, productos cosméticos, perfumes, confituras o pigmentos. El éxito editorial de estos libros estuvo relacionado con el afán de la sociedad renacentista por las prácticas empíricas en los hogares, así como por la atención al cuidado personal (sanitario y cosmético), tanto propio como del resto de los miembros de la familia.

2. *I Secreti del reverendo donno Alessio Piemontese*

I Secreti del reverendo donno Alessio Piemontese fue uno de los libros de secretos que ha tenido una mayor acogida editorial desde su publicación en 1555. El autor aporta datos reveladores sobre su biografía en su prefacio y que resultan de interés para conocer la motivación de su publicación. En concreto, se describe como un miembro de una distinguida familia del Piemonte. Apunta que tiene 82 años y que, a lo largo de su vida, ha recibido una excelente formación, que conocía múltiples lenguas clásicas y modernas y había pasado casi seis décadas recorriendo diversos territorios. Fruto de estas experiencias, atesoró conocimientos y remedios medicinales tanto de distinguidas personalidades de la medicina como de las más humildes, entre las que incluye a las mujeres, por lo que se describe como un nexo entre el saber médico académico y el popular. Reconoce que todo este bagaje le ha servido para tener cierto reconocimiento como conocedor de los más selectos secretos de la naturaleza, pero también apunta que su avaricia y recelo de compartirlos le ha causado gran pesar. En particular, describe que en una ocasión se dirigió a él un cirujano para que lo ayudase a sanar a un oficial del mal de piedra. Piemontese no se fio de sus intenciones, creyendo que quería apropiarse de sus remedios, por lo que le pidió que le llevase ante el enfermo. El cirujano, ante el temor que su círculo supiera que recurría a los servicios de un investigador de secretos, dilató tal encuentro. Cuando finalmente se produjo, ya no había esperanza de mejora y el oficial falleció. El autor declara con este testimonio su avaricia, pues su orgullo impidió que una persona sanase con un sencillo tratamiento. Este hecho le motivará a componer esta obra para ayuda de los más necesitados.

La obra de Piemontese contiene unas 350 recetas divididas en tres partes. Cada una de ellas estará subdividida en libros que atienden a diferente naturaleza en función de las recetas que contiene. La primera parte consta de 6 libros: el primero está destinado a recetas de aguas, bálsamos o ungüentos relacionados con aspectos sanitarios para el tratamiento o la cura de aflicciones tanto del cuerpo de las mujeres como de los hombres, los niños o incluso de los animales, pues cuidar de su salud, especialmente la de los caballos, suponía, en ocasiones, garantizar la economía doméstica. Se trata del apartado más extenso de la obra y engloba recetas sobre dolencias de toda índole para el cuidado del cuerpo, tanto pediátricas como urológicas, ginecológicas, obstétricas, así como sobre pestilencias, dolencias y males diversos. La segunda parte está dirigida a la elaboración de sustancias olorosas. Los perfumes constituyeron un elemento esencial del cuidado del cuerpo, tanto estético como sanitario. La tercera corresponde a recetas para hacer confituras, pues el consumo de mermeladas y de dulces fue muy apreciado, elaborándose postres de las más preciadas frutas, como las cidras, duraznos, naranjas, manzanas o peras. Las cuestiones cosméticas centran el cuarto libro y estaban especialmente di-

rigidas al cuidado de la piel, con recetas para la eliminación de pecas, manchas o cicatrices, así como de tónicos para prevenir las marcas de envejecimiento, como las arrugas. También destacan los secretos destinados al blanqueamiento de la tez. De igual forma, al cuidado del cabello se destinan recetas relacionadas con la regeneración de cabello, la depilación del vello corporal y facial, así como al teñido de la cabellera y de la barba, ya sea para aclararlo como para ennegrecerlo o incluso para cubrir las canas. En el quinto libro se especifican diversos procedimientos para elaborar pigmentos y tintes para aplicar en materiales como huesos, marfil, madera, pieles, sedas, paños, mármol o alabastro, y también para confeccionar tintas para escribir o pintar. Finalmente, el sexto libro engloba recetas técnicas de carácter alquímico relacionadas con la producción de solimán, que era un componente de mercurio muy apreciado en cosmética, así como el atíncar o bórax, que se utilizaba para emblanquecer el rostro o eliminar las manchas que en él podían aparecer. Se recogen, asimismo, secretos enfocados a la creación de medallas en diferentes metales y para trabajar piedras preciosas usadas en joyería. La segunda y tercera parte contienen un menor número de recetas que aparecen distribuidas sin una coherencia tan nítida, entremezclándose las distintas categorías enunciadas.

3. La edición castellana de *I Secreti del reverendo donno Alessio Piemontese*

La obra de Piemontese gozó de una gran acogida desde el momento de su publicación. Su éxito queda constatado por la amplia difusión que tuvo desde mediados del siglo XVI hasta entrado el siglo XVIII, momento en el que los principios ilustrados de la revolución científica trataron de dotar de una base científica a los saberes médicos que se basaron únicamente en la experimentación personal. En concreto, se contabilizaron más de un centenar de ediciones de la obra entre el año de su publicación, 1555, y finales del siglo XVII (*vid.* Rey Bueno, 2005: 26). Este proceso conllevó que se cuestionaran los saberes y las prácticas sanitarias populares, así como la eliminación de los componentes supersticiosos que aún permanecían en este tipo de recetas. Junto a las múltiples ediciones, otro factor de éxito editorial y de difusión lo marca la abundancia de traducciones a diversas lenguas europeas, entre las que encontramos el inglés, francés, holandés, alemán o polaco, e incluso al latín, para garantizar su difusión en todas las esferas y en territorios con lenguas vernáculas más minoritarias donde su traducción no resultaría rentable para los centros editoriales.

3.1. La recepción de *I Secreti* en Castilla

Como se ha expuesto, la popularización del libro está subordinada al auge de la imprenta, concretamente a su abaratamiento con el uso de nuevos materiales y formatos más accesibles, al uso de las lenguas vernáculas y al afán por la experimentación y

a la práctica empírica del saber medicinal y farmacéutico de los humanistas. Todas estas tendencias estuvieron involucradas en el éxito de los libros de secretos, que tuvieron origen en Italia, para luego difundirse por los distintos territorios del continente europeo. Estos tratados, compuestos tanto en lengua latina como, especialmente, en romance, vieron traducciones tempranas a otras lenguas. Esta irrupción de las lenguas vernáculas supuso un salto en su consideración social, especialmente en un momento histórico en el que aún no estaban fijadas las normas lingüísticas, aunque ya se habían producido intentos por normalizarlas y dignificarlas, situándolas en un plano similar al del latín. Las obras redactadas en las lenguas vernáculas, o traducidas del latín o de otras vulgares, fueron consumidas por sectores extrauniversitarios, y entre estas lenguas romances más usadas encontramos el italiano, el francés o el castellano, mientras que el portugués o el catalán poseen menor repercusión. Es preciso destacar que Castilla, desde el reinado de Alfonso X el Sabio (1221-1284), había desarrollado una intensa labor traductológica al romance, en especial de obras árabes de carácter científico y técnico, por lo que la penetración en los territorios castellanos de los libros de secretos no contó con demasiados obstáculos. Por este motivo, las traducciones de obras italianas vieron tempranamente una traducción castellana, favorecida por las estrechas relaciones culturales y políticas que vinculaban ambas penínsulas.

La incursión de la obra de Piemontese a mediados del siglo XVI en suelo hispano tuvo, como se ha apuntado, diferentes ediciones que procedieron de dos vías de penetración en el mismo año, 1563. Se trata de la traducción de la segunda edición italiana del impreso original, así como de la edición latina, *De secretis libri sex*, publicada en 1559 en la ciudad suiza de Basilea. Entre el primer grupo integramos la edición de la Viuda de Bartolomé de Nájera (1563) en Zaragoza, la de Francisco de Guzmán (1570) en Toledo, así como las ediciones publicadas en Salamanca de los editores Matthias Mares (1570), Pedro Lasso (1573) y Juan Perier (1573), y también la de Diego Fernández de Córdoba (1590) en Valladolid. En el segundo grupo se integran la edición de Calude Bornat (1563) en Barcelona, la de Sebastián Martínez (1563) en Alcalá de Henares o la de la Viuda de Martín Nucio (1564) en Amberes. El estudio de estas traducciones del latín o del italiano al castellano a mediados del siglo XVI contribuye a entender la labor desarrollada por los traductores, tanto por su alto nivel de conocimiento de las lenguas como del contenido de las obras, especialmente cuando se refiere a textos con un alto grado de especificidad, como es el lenguaje de la medicina, de la botánica, la farmacología, la cosmética o la alquimia. Asimismo, nos hallamos en un momento en el que las lenguas se estaban readaptando a nuevas realidades técnicas y científicas en las que imperaba el latín. De igual forma, no se puede hablar en este periodo de una profesión especializada en la traducción a pesar de su frecuencia de uso y de que ya existía cierta teorización sobre la disciplina, como era *De interpretatione recta* (c. 1420), de Leonardi Bruni (1370-1444). Esta labor competía a profesionales de distintas áreas que volcaban, de una lengua que conocían a la suya, contenidos que dominaban, como prueba la traducción de la obra de Piemontese de la ma-

no del médico Alonso de Santa Cruz, publicada por Sebastián Martínez (1563) en Alcalá de Henares. La traducción de textos de contenido científico-técnico durante el Renacimiento no responde a una mera tarea de exponer las equivalencias lingüísticas entre dos lenguas, sino a una adaptación del contenido para facilitar su comprensión por parte de un público poco ilustrado, por lo que es frecuente, en el caso de las especies vegetales, al ser las que aquí nos ocuparán, el uso de diversos étimos para facilitar su identificación.

3.2. La traducción al castellano de términos botánicos en *I Secreti*: algunos retos traductológicos

Si el concepto de autoría en el período renacentista no se corresponde con los parámetros actuales, el de traductor tampoco lo hará. Si bien la práctica traductora fue activa desde mediados de la Edad Media, como se apuntó con el impulso de traducción de obras durante el reinado de Alfonso X (1221-1284), los que se dedicaron a traducir textos de contenido científico, pero de carácter divulgativo, se enfrentaron a un conjunto de dificultades que no respondían únicamente a cuestiones lingüísticas, sino también de adecuación al perfil del público al que iban destinadas sus traducciones. Por el análisis de las traducciones, así como por las notas que añadieron a las obras que tradujeron, sabemos que no se limitaron a realizar una traducción literal del contenido del texto, es decir, en la traslación palabra por palabra, sino que su trabajo fue más arduo. Debieron, en todo caso, interpretar el contenido del texto para adecuarlo a los lectores. Para llevar a cabo este proceso, no dudaron en readaptar el texto añadiendo explicaciones, comentarios, suprimiendo aspectos del texto para facilitar la lectura y la comprensión del contenido. Tampoco supuso una unidad cerrada el texto, al menos cuando abordamos los libros de secretos renacentistas. En la edición que hemos seleccionado para nuestro estudio se observa cierta modificación en las recetas, tanto en su disposición como en el propio contenido, siendo frecuente que alguna receta se eliminase y se incorporasen otras. Por este motivo, el estudio de los textos traducidos aporta una gran riqueza tanto a nivel lingüístico (*vid.* Rubio Tovar, 1997; Eggert, 2009: 109) como contextual, pues nos permite conocer en qué grado el texto varió en contenido o se readaptó a nuevas realidades sociales.

En el caso que aquí nos ocupa, nos hemos centrado en el estudio de la traducción de términos botánicos por ser los más frecuentes en la obra, así como porque están sometidos a una gran variación terminológica tanto diacrónica como dialectal o sincrónica, pues varios de estos étimos o no tienen una clara procedencia etimológica o se diferencian considerablemente del término latino. Para el estudio de estos términos, se ha seleccionado la segunda edición de la obra italiana de Piemontese⁷ por tratarse de la versión más difundida y de la que parte la práctica totalidad de las traducciones. Asimismo, se ha seleccionado la edición castellana editada por Francisco de Guzmán en la ciudad de Toledo el año 1570⁸. Se han localizado dos ejemplares de esta edición⁹ en buen estado de conversación, aunque

se han perdido sus primeros folios. A este respecto, destacamos que en la nota del traductor no se desvela su identidad, pero alude a su voluntad de hacer accesibles dichos saberes a toda la población, siguiendo la pretensión del propio autor (Piamontés, 1570: f. 3v). Cabe pensar que no se trata de un especialista de la traducción, sino de una persona docta en saberes médicos que es conocedora de ambas lenguas y, por lo tanto, se limita a trasladar los contenidos del original, pero adaptándolos, reinterpretándolos o incluso obviando o añadiendo recetas y remedios que no aparecen en el texto de partida. En la obra que hemos seleccionado se observa esta alteración de los contenidos, pues el propio traductor aduce que se han incorporado secretos de otros autores, como Timoteo Rossello¹⁰.

La caracterización tipológica de los secretos se basa en una sencilla estructura con unas partes claramente diferenciadas. En el primer libro de Piemontese, centrado en recetas y remedios para la salud del cuerpo, se distingue, en primer lugar, un título en el que se describe la aflicción que se pretende combatir. En ocasiones, se indican los síntomas para facilitar la consulta y se remite a la sencillez de su elaboración, se alude a que ha sido probado para constatar su eficacia o se indica que resulta de bajo coste económico. En un segundo término hallamos el cuerpo de la receta. En ella se procede a la enumeración de los ingredientes utilizados, en su mayor parte de origen vegetal, animal o mineral, así como a las cantidades necesarias. Posteriormente, se realiza una detallada descripción del procedimiento, indicando, asimismo, los utensilios necesarios. En último lugar, en algunas recetas se incorporan otros usos de las elaboraciones, su método de conservación o de quién se ha obtenido el remedio o cómo ha sido hallado o probado.

A nivel lingüístico, las recetas muestran gran sencillez, tanto en su estructura sintáctica, caracterizada por una secuenciación de oraciones coordinadas, así como por la gramática implicada, basada en imperativos, aunque también es frecuente hallar otras formas verbales en la segunda persona del plural. El estudio del léxico es uno de los ámbitos que mayores posibilidades de análisis ofrece, pues hallamos multitud de términos de sustancias vegetales, sean plantas, flores o frutos, de animales, tanto de las especies como de sus partes (exteriores e internas), hongos, minerales, utensilios, etc., al igual de nomenclatura médica específica de enfermedades o aflicciones. Todo este vasto repertorio léxico supone un fecundo *corpus* de interés lexicográfico para la historia de la lengua y de la traducción. Por este motivo, nos proponemos analizar los problemas terminológicos a los que se enfrentaron los traductores de estos libros en el momento de trasladar de una lengua vulgar a otra términos relacionados con el léxico botánico.

Para elaborar nuestro estudio, partimos de la premisa de que, ante estas dificultades, cada traductor optó por soluciones que pretendieran facilitar la identificación de las especies vegetales. Entre las estrategias que hallamos están aquellas que remiten a los étimos latinos de las especies, a la alusión a sus variantes dialectales o, como trataremos de identificar, a referenciar las especies según la nomenclatura que se había propuesto en conocidos herbolarios de la época. En la edición seleccionada para nuestro estudio se atestiguan el uso de las referencias a los



étimos griegos y latinos, no solo por parte del traductor, sino también del propio autor. Será el caso del *Hypericum perforatum*, a la que Piamontés alude como: «Esta yerva, que en griego y latín se llama *hypericon*» y el traductor añade «y en español *corajoncillo*, y en italiano *perforata*» (Piamontés, 1570: 20v). La segunda estrategia responde a la remisión a nombres dialectales de las plantas, como será el caso de la artemisia (*Artemisia vulgaris*), que el propio autor estipula: «la yerva artemisa (dicha en español artamisa) avisando que en muchos lugar de Italia, y fuera, toman por artemisa (y arcímese llaman en el reyno de Nápoles) la yerva madriguera», asimismo, continúa especificando: «En muchos otros lugares la llaman yerva de Sant Iuan, [...] y en Venecia y en otros lugares de Lombardía la llaman yerva de Santa María, y es muy conocida de todos» (Piamontés, 1570: ff. 35v-36r). Puesto que en el texto de partida se alude a las variantes dialectales de la especie, el traductor incorpora el nombre en español: *artemisa*. La tercera estrategia se basa en enumerar las cualidades de la especie, describir su apariencia o identificar los lugares en los que suele aparecer.

La cuarta y última estrategia que mencionaremos, y en la cual nos centraremos, es la remisión a la nomenclatura que aparece en los herbolarios o en los comentarios de diversos autores a los tratados clásicos. Entre estas obras destaca *De materia medica* (c. 65 d. C.), de Pedanio Dioscórides (c. 40 - c. 90), que se convirtió en el principal manual de referencia de la farmacopea

durante la Edad Media y el Renacimiento. El códice, dividido en cinco libros, describe las propiedades medicinales de más de 600 plantas, unas 90 sustancias minerales y una treintena de sustancias de origen animal. El original fue escrito en griego a mediados del siglo I d. C., pero contó con traducciones en árabe en el siglo X y, a partir del siglo XVI, tanto en latín como en diversas lenguas vernáculas. El interés de los humanistas por la recuperación de los textos clásicos propició que el tratado de Dioscórides recobrase gran valor en la formación del hombre humanista, por lo que, a lo largo de dicho siglo, se suceden las ediciones, traducciones y comentarios a la obra al calor del auge de la producción editorial con el desarrollo de la imprenta, entre los que destaca la contribución del italiano Pietro Andrea Mattioli (1501-1578) o del portugués Amato Lusitano (1511-1568). Mattioli se forma en medicina en la Universidad de Padua, interesándose por la botánica y la herbología. Realizó comentarios a la obra de Dioscórides¹¹, incorporando especies que no figuraban en la obra original, algunas de ellas sin relevancia médica, tan solo herbológica. Su obra fue publicada originalmente en el vulgar italiano, aunque posteriormente se tradujo al latín y a otras lenguas. Amato Lusitano, seudónimo de João Rodrigues, nació en el seno de una familia de judíos conversos y se formó en medicina en la Universidad de Salamanca. Tras su regreso a Lisboa se vio obligado a huir tras los dictámenes de la Inquisición, recorriendo diversas localidades europeas, pero especialmente italianas, como Ferrara, donde fue profesor en su Universidad, así como en Ancona, Ragusa o Salónica. Su interés por la herbología y por la obra de Dioscórides se atestigua con la publicación en 1536 de su *Index Dioscoridis*, al que seguirá, en años posteriores, cuando contaba ya con un mayor conocimiento de la obra y de su contenido, con la edición, traducción y comentarios al tratado clásico en 1553, denominado *De medica materia*¹². Su relevancia reside en la incorporación de la nomenclatura de las especies vegetales y animales tanto en las lenguas clásicas, griego y latín, así como en distintas lenguas vernáculas, concretamente en español, italiano, francés, alemán y, en ocasiones, en árabe.

La primera edición castellana¹³ responde a una traducción realizada por el médico Andrés Laguna (c. 1510-1559) a la que incorporó diversas anotaciones al texto. Su interés por las propiedades medicinales de las plantas, así como de la nutrida formación botánica que adquirió fruto de sus pesquisas, estudios y viajes, tanto por el norte de Europa como por Italia. Como se desprende de lo enunciado, la consulta de herbolarios como el descrito resulta esencial tanto para conocer el nombre de la especie como sus propiedades. Por este motivo, en la edición seleccionada para nuestro estudio analizaremos variados recursos para traducir los nombres de algunas plantas, entre los que encontramos su referencia al término latino de la especie vegetal. La primera remite a un remedio poco conocido para tratar la *gota coral*, que corresponde, en la nomenclatura actual, a la epilepsia. Para su tratamiento, en la edición italiana se recomendaba usar la «*erba camedreos*», que en la versión castellana aparece una doble nomenclatura: «llamada chamedreos en español, según Dioscórides», así como por su nombre latino, «*trixado*»¹⁴. El uso de dos referencias para el camedrio (*Teu-*

crium chamaedrys) podría denotar su escaso conocimiento de su nomenclatura en los territorios peninsulares.

«A mal caduco. Nobilissimo et raro rimedio

»Pigliate erba camedreos, et coglietela del mese di maggio, quando è in fiore, et seccatela all'ombra, et fatene polvere» (Piemontese, 1557: f. 18).

«Remedio para mal de gota coral muy escogido y noble

»Tomad la yerva llamada chamedreos en español, según Dioscórides, y en latín *trixado*. Y cogedla en el mes de mayo quando está en flor, y secadla a la sombra, y hazedla polvos» (Piamontés, 1570: ff. 15r-15v).

También en una receta contra la epilepsia infantil, denominada *aflicción lunática*, hallamos un reto de traducción al que tuvo que hacer frente. Se trata de la traducción de *ferula*, que, según la nomenclatura contemporánea, se denomina *artemisa* (*Chrysanthemum parthenium*), pero en el siglo XVI se documentan diversos nombres. El traductor se decanta por la versión latina, aludiendo posteriormente al término empelado por Dioscórides: «cananheja o canahierro». Amato Lusitano¹⁵ aporta el término *cananheia*, por lo que *canahierro* sería una aportación del traductor.

«Pigliate i fusti teneri della ferula, et seccateli all'ombra» (Piemontese, 1557: f. 18).

«Tomarás los tallos tiernos de la férula, que en español según la discreción de Dioscórides se llama cananheja o canahierro, y secadlos a la sombra» (Piamontés, 1570: f. 15r).

La última referencia que encontramos a los códices de la farmacopea corresponde a Amato Lusitano (1511-1568). Este médico y herborista luso fue célebre por sus estudios sobre la circulación de la sangre y por sus publicaciones sobre cuestiones sanitarias, entre las que se incluyen anotaciones a la obra de Dioscórides. El traductor alude a sus aportaciones en dos ocasiones. La primera se halla en una receta destinada a la preparación de un ungüento con múltiples propiedades. Para realizarse, se utiliza «*olio di nenúfar, o ninfea*», siendo la propuesta del traductor «azeyte de nenúfar». *Nenúfar* es el nombre actual del *Nuphar luteum*, pero especifica que Amato Lusitano¹⁶ lo denomina «higos de río amarillos», tanto en español como en portugués.

«Primieramente pigliate olio rosato, olio violato, olio di nenúfar, o ninfea, olio di spico, olio di costo, olio laurino, olio di noci moscate, olio di fiori di gelsomini» (Piemontese, 1557: f. 31).

«Primeramente, tomarás azeyte rosado, azeyte violado, azeyte de nenúfar (el qual en español y en portugués, según Amato Lusitano, se llama higos de río amarillos), azeyte de espicarado, azeyte de costo, azeyte de

laurel, azeite de nuez moscada, azeite de flores de jazmín» (Piamontés, 1570: f. 26r).

La segunda ocasión en la que se le alude al equivalente del término italiano *assarabaca*, que traduce como «ássaro». Específica, además, que ese es el étimo latino, y que Amato Lusitano¹⁷, en sus comentarios al Dioscórides, lo denomina en castellano *assara baccara* (*Asarum europaeum*).

«In prima farete che lo infermo una meza hora avanti che si aper venirli la febre, si metta in letto ben coperto, et habbia un bracier di fuoco d'avanti, el pigli in un bicchieri di vin greco o di malvagia, tanta polvere di assarabaca, quanta staria due volte sopra un giulio d'argento, o uno scudo d'oro» (Piamontese, 1557: f. 34).

«Primeramente, haréys que el enfermo, media hora antes que le suele venir la fiebre, se ponga en la cama bien cubierto, y tenga delante un brasero de fuego, y tome una taça de vino greco o malvasía con tantos polvos de ássaro (que assí se llama en latín, y en nuestra lengua *assara baccara*, según Amato Lusitano, en sus comentarios de Dioscórides, en el libro primero) quantos cabrían dos vezes sobre un real o escudo de oro» (Piamontés, 1570: f. 28r).

En otras ocasiones, como las que expondremos, será el propio autor quien remita a la nomenclatura que estipuló Dioscórides en el herbolario. En esta ocasión, encontramos un caso singular en el que Piamontese señala dos nombres de la planta, «yerva dicha primera flor» y «flor de todo mes», para, a continuación, realizar una descripción de su taxonómica y de uso al indicar que es de uso común en la gastronomía italiana con su consumo en ensaladas. Asimismo, alude al nombre con el que aparece recogida en el herbolario de Dioscórides, *scorpioides*, apelando a su parecido a la cola de un escorpión. En la edición castellana, el traductor, junto a los criterios anteriores de identificación, incorpora el nombre latino, *caléndula*.

«Tomaréys tres libras de miel cruda, y una libra de çumo de una yerva dicha primera flor o flor de todo mes, que es una yerva conocidíssima, que la comen en ensalada en Italia. Y tiene las hojas larguitas y gruesas, y palpudas, y de color verde claro. Y haze la flor amarilla, en forma de campanilla. La qual flor aparece que se halla en todo tiempo, y por esto la llaman flor de todo mes, o flor primera, como es dicho. Y Dioscórides la llama *scorpioides*, o cola de scorpión, o por la semejança que tienen sus flores con la cola del dicho animal quando están cerradas. Llámamla en latín *calendula*» (Piamontés, 1570: f. 10v).

Finalizamos con un último ejemplo en el que esta remisión a la nomenclatura clásica proveniente de relevantes persona-

lidades no se daba exclusivamente en las sustancias vegetales, sino que también se halla en otros materiales de origen mineral o químico. Es el caso del *attincar*, conocido en la actualidad como bórax, pero que el autor ya alude al étimo latino *chrysocola*, así como aparece en la descripción realizada por Plinio y Dioscórides¹⁸.

«Los antiguos llamavan al attincar *chrysocola* y era natural y artificial, como escribe Plinio, Dioscórides y otros, y lo usavan en algunas cosas de medicina, y para soldar el oro como usan también oy, porque su naturaleza es acelerar la liquefacción de los metales» (Piamontés, 1570: f. 140r).

La consulta de herbolarios resultó, según lo expuesto, un elemento indispensable para la identificación del nombre de las especies, así como para su traducción a otras lenguas. Asimismo, la remisión a estos tratados no responde únicamente a una identificación terminológica, sino que un aspecto determinante para su identificación reside en las ilustraciones que

los autores realizaron de las plantas. La incorporación de estos elementos pictóricos dotaba a los herbolarios de gran belleza, pero también facilitaban la tarea en la búsqueda de correspondencias, especialmente en aquellos casos en los que el nombre de la especie no resultaba sencillo.

4. Conclusiones

Los libros de secretos experimentaron a mediados del siglo XVI un éxito editorial sin parangón al calor de un conjunto de fenómenos sociales de diversa naturaleza, entre los que se puede enumerar la revolución que sufrió el proceso editorial con el auge de la imprenta, el auge del grado de alfabetización en las urbes, así como el interés de la sociedad renacentista por la experimentación y por la posesión de obras de carácter práctico con la que saciar sus intereses formativos y llenar sus bibliotecas particulares. Los libros de secretos aunaron buena parte de estos elementos, por lo que el público se mostró favorable a tener en su posesión alguna de estas obras, lo que provocó que se sucedieran las ediciones y las traducciones. La utilización del vulgar para abordar estos contenidos médicos se insertó en un fenómeno denominado *vernacularización* de la ciencia, que promovió el acceso de contenidos científico-técnicos a sectores de la sociedad que no se formaron en las academias ni en las universidades. Entre estos colectivos que demandaron una mayor y mejor formación estaban los barberos, los cirujanos o los boticarios, pero también las mujeres, quienes ejercían prácticas sanitarias en su hogar para el cuidado y la cura de sus familiares. Serán precisamente ellas las destinatarias de estos manuales, como se atestigua en las dedicatorias, o las promoto-

Serán precisamente [las mujeres] las destinatarias de estos manuales, como se atestigua en las dedicatorias, o las promotoras de estos libros, en su labor de mecenazgo.

ras de estos libros, en su labor de mecenazgo. Los traductores de estas obras fueron personas que no poseían una formación lingüística específica, sino que conocían la lengua de origen de la obra y dominaban su contenido. En todo caso, la intención de los traductores de libros de secretos en el siglo XVI no era realizar una traslación exhaustiva del texto original a la lengua meta, sino que recurrieron a incorporar cambios deliberados, como añadir explicaciones o eliminar partes para facilitar la comprensión.

Este fenómeno queda patente en la edición seleccionada para nuestro estudio, pues entre los recursos utilizados se encuentran, cuando se aborda el estudio traductológico del léxico botánico, la alusión a los étimos latinos o de los nombres dialectales de las plantas, así como la descripción física de las plantas. Asimismo, queda patente el conocimiento del traductor de uno de los herbolarios más difundidos de toda la Edad Media y el Renacimiento, como es el *De materia medica* de Dioscórides. A esta obra encontramos hasta cuatro alusiones directas, incluidas las anotaciones que el médico y herborista portugués Amato Lusitano había realizado del código. De entre las estrategias adoptadas por el traductor observamos cómo opta por una castellanización de los términos empleados en el original italiano de algunas plantas, como será el caso de *camedreos* por *chamedreos*, aunque especifica el término latino *trixado*; *ferula* por *férula*, mencionando las alternativas *cananheja* y *canahierro* contenidas en el Dioscórides. Las anotaciones de Amato Lusitano están relacionadas con los términos *nenufar*, que se traduce como *nenúfar*, añadiendo el término de *higos de río amarillo*, así como el de *assarabaca*, traducido como *ássaro*, especificando que también se conoce como *assara bacca*. Como se puede observar, el estudio lexicográfico fruto de las traducciones realizadas durante este período arroja una valiosa información sobre el uso de terminología específica de la botánica en un momento en el que los romances se empezaban a consolidar como lenguas de cultura, asimilándose al prestigio que el latín aún conservaba en el ámbito académico.

NOTAS

1. Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación financiado por la Generalitat Valenciana «Recetario para las enfermedades femeninas en Europa. Siglos XVI-XVII», con referencia RECIPE CIGE/2022/162, dirigido por María Muñoz Benavent en la Universidad Miguel Hernández.
2. Remitimos a los exhaustivos trabajos que ha realizado la historiadora de la medicina Montserrat Cabré i Pairet sobre la función de las mujeres en el cuidado y la cura sanitaria en el contexto español de finales de la Edad Media (2008: 18-51), así como su estudio sobre el influjo de los libros de secretos y de los recetarios en la práctica sanitaria de las mujeres entre finales del periodo medieval e inicios de la Edad Moderna, en el que los considera los primeros textos destinados a las mujeres (2011: 25-41). Otra célebre investigadora en este campo es Bertha Gutiérrez Rodilla, que ha estudiado las interconexiones entre las mujeres y la medicina en el marco temporal que hemos fijado (2015: 121-135). De igual forma, sobre la relación entre las mujeres y los recetarios, remitimos al trabajo de M.^a Ángeles Pérez Samper (1987).
3. Para profundizar sobre las implicaciones del uso de las lenguas vernáculas en la difusión del conocimiento médico, véanse los artículos de Lluís Cifuentes i Comamala (2008; 2016), así como el de Crossgrove (2000).
4. Se trató, además, de un fenómeno que volvería a producirse con el auge de la imprenta a mediados del siglo XVI.
5. Uno de los pioneros y máximo exponente en el estudio de los libros de secretos es el investigador William Eamon, autor de dos obras que suponen una referencia para la contextualización del surgimiento de este género (Eamon, 1996), como para su posterior desarrollo hasta la revolución científica (Eamon, 2011).
6. Remitimos al amplio estudio realizado por Massimiliano Celaschi y Antonella Gregori (2015), en el que abordan no solo la autoría del tratado, sino las diversas ediciones y traducciones que se realizaron desde el siglo XVI hasta el XVIII.
7. Se trata de la segunda edición, y de ella deriva gran parte de las traducciones a las lenguas vernáculas europeas. *Vid.* Piemontese, Alessio (1557): *De' secreti del reverendo donno Alessio Piemontese*. Venetia: Comin da Trino.
8. Piemontese, Alessio (1570): *Secretos de diversos excelentes hombres y del reverendo don Alexo Piamontés*. Toledo: Francisco de Guzmán.
9. Un ejemplar está localizado en la Biblioteca Nacional (ms. U-8847) y otro en la Real Academia Nacional de Medicina (m-03-04-m-18).
10. Se trata de un célebre autor de secretos, entre los que destaca su obra *Della summa dei secreti universalis*, publicada en Venecia por Giovanni Bariletto en 1559. La alusión a este autor procede del proemio del traductor (*vid.* Piamontés, 1570: f. 3v).
11. Dioscoride, Pedacio (1544): *Libri cinque della historia, et materia medicinale tradotti in lingua volgare italiana da M. Pietro Andrea Matthiolo Sanese medico. Con amplissimi discorsi, et comenti, et dottissime annotationi, et censure del medesimo interprete*. Venecia: Niccolo Bascarini.
12. Dioscórides Anazarbeo, Pedacio (1553): *De medica materia libros quinque enarrationes eruditissimae doctoris Amati Lusitani medici ac philosophi celeberrimi, quibus non solum officinarum Seplasiariis, sed bonarum etiam literarum studiosis utilitas adfertur, quum passim simplicia Graece, Latine, Italice, Hispanice, Germanice et Gallice proponantur*. Venetiis (Venecia): Gualterum Scotum.
13. Dioscórides Anazarbeo, Pedacio (1555): *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos; traduzido de lengua griega en la vulgar castellana e ilustrado con claras y substantiales annotationes, y con las figuras de innumerables plantas exquisitas y raras por Andrés de Laguna*. Anvers (Amberes): Juan Latio.

14. Si atendemos a las traducciones de Amato Lusitano, se apuntan los siguientes nombres: en griego, *χαμαιδρυς*; en latín, *chamaedrys* y *trixago*; en español, *chamedreos*; en italiano, *querciola* y *chalemandina*; en francés, *germandree*; en árabe, *damederios*; y, en alemán, *Gamanderlin* (Dioscórides, 1558: 526).
15. En la edición consultada se indican las siguientes traducciones: en griego, *ναρθηξ*; en latín, *ferula*; en español, *cananheia*; en italiano, *ferola*; en francés, *ferule* (Dioscórides, 1558: 506).
16. Se indican las nomenclaturas de Amato Lusitano: en griego, *νυμφαία ἀλλή*; en latín, *altera nymphæa, lutea nymphæa* y *nenuphar luteum*; en español y portugués, *figuos del río amarelho* y *golfan amarelho*; en italiano, *nenuphar giallo*; y, en alemán, *Geel seebluomen* (Dioscórides, 1558: f. 557).
17. El médico luso incorpora los siguientes nombres: en griego, *ασαρομ*; en latín, *asarum, rustica nardus* y *nardus agrestis*; en español, *asara baccara*; en italiano, *asaro*; en francés, *cabaret*; en alemán, *Hasel vurtz*; y, en árabe, *asaron* (Dioscórides, 1558: f. 29).
18. En las notas de Amato Lusitano hallamos las siguientes traducciones: en griego, *χρυσόκολλα*; en latín, *chrysocolla*; en español, *attínicar*; en italiano, *borace*; en árabe, *tinca*; y, en alemán, *Boras* (Dioscórides, 1558: f. 767).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cabrè i Pairet, Montserrat (2008): «Women or Healers? Household Practices and the Categories of Health Care in Late Medieval Iberia», *Bulletin of the History of Medicine*, 82 (1): 18-51.
- Cabrè i Pairet, Montserrat (2011): «Las prácticas de la salud en el ámbito doméstico: las recetas como textos de mujeres (s. XIV-XVII)», en B. Crespo García, I. Lareo Martín e I. Moskowich-Spiegel Fandiño (eds.): *La mujer en la ciencia: historia de una desigualdad*. München: Lincom Europa, pp. 25-41.
- Celaschi, Massimiliano y Antonella Gregori (2014): *Da Girolamo Ruscelli a Alessio Piemontese. I segreti in Italia e in Europa dal Cinque al Settecento*. Roma: Vecchiarelli.
- Cifuentes i Comamala, Lluís (2008): «La ciencia en vulgar y las élites laicas, de la Edad Media al Renacimiento», en Juan Vallés (autor), F. Serrano Larráyo (ed.): *Regalo de la vida humana*. Pamplona: Gobierno de Navarra, pp. 123-148.
- Cifuentes i Comamala, Lluís (2016): «El receptari mèdic baixu medieval i renaixentista: un gènere vernacle», en L. Badia, Ll. Cifuentes, S. Martí y J. Pujol (eds.): *Els manuscrits, el saber i les lletres a la Corona d'Aragó, 1250-1500*. Rubí: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, pp. 103-160.
- Crossgrove, William (2000): «The vernacularization of science, medicine, and technology in late medieval Europe: broadening our perspectives», *Early Science and Medicine*, 5 (1): 47-63.
- Dioscórides Anazarbeo, Pedacio (1558): *In Dioscoridis Anazarbei de medica materia libros quinque, Amati Lusitani Doctoris Medici ac Philofophi Celeberrimi enarrationes cruditisimce*. Lyon: Matthiam Bonhomme.
- Eamon, William (1996): *Science and the Secrets of Nature. Books of Secrets in Medieval and Early Modern Culture*. Princeton: Princeton University Press.
- Eamon, William (2011): *How to read a Book of Secrets. Secrets and Knowledge in Medicine and Science, 1500-1800*. Ashgate: Surrey.
- Eggert, Elmar (2009): «Creando el lenguaje de especialidad. Comparación de los términos técnicos en dos traducciones diferentes del mismo texto», en E. M. Eckkammer (coord.): *La comparación en los lenguajes de especialidad*. Berlin: Frank & Timme, pp. 109-120.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha M. (2005): «La medicina, sus textos y sus lenguas en la España de Cervantes», *Panace@*, 21-22 (VI): 299-306.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha M. (2009): «La adecuación lingüística al destinatario en los textos médicos instructivos y de divulgación del Renacimiento castellano», *Res Diachronicae*, vol. 7: 37-46.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha M. (2015): «Las mujeres y la medicina en la Edad Media y primer Renacimiento», *Cuadernos del CEMyR*, 23: 121-135.
- Lopes Andrade, António Manuel (2013): «Dioscórides renovado pela mão dos humanistas: os comentários de Amato Lusitano», en C. Soares (coord.): *Espaços de pensamento científico da Antiguidade*. Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra, pp. 71-90.
- Lusitano, Amato (1558 [1553]): *In Dioscoridis Anazarbei de medica materia libros quinque, Amati Lusitani, doctoris Medici ac Philofophi Celeberrimi enarrationes cruditisimce*. Lyon: Matthiam Bonhomme.
- Pérez Samper, M.^a Ángeles (1987): «Los recetarios de mujeres y para mujeres. Sobre la conservación y transmisión de los saberes domésticos en la época moderna», *Cuadernos de Historia Moderna*, 19: 121-154.
- Piemontese, Alessio (1557): *De' secreti del reverendo donno Alessio Piemontese*. Venetia: Comin da Trino.
- Piamontés, Alexo (1570): *Secretos de diversos excelentes hombres y del reverendo don Alexo Piamontés*. Toledo: Francisco de Guzmán.
- Rey Bueno, Mar (2005): «Primeras ediciones en castellano de los libros secretos de Alejo Piamontés», *Pecia Complutense*, 2: 26-34.
- Rubio Tovar, Joaquín (1997): «Algunas características de las traducciones medievales», *Revista de literatura medieval*, 9: 197-243.
- Saguar García, Amaranta (2012): «Una edición desconocida del *Libro de los secretos* de Alejo Piamontés: Juan Perier, Salamanca, 157», en G. Gómez Sánchez-Ferrer y A. Saguar García (ed. lit.): *El pasado ajeno: estudios en honor y recuerdo de Jaime*. Sevilla: Academia de Cronistas de Ciudades de Andalucía, pp. 59-81.